

LA MAYORÍA DE EDAD DE LA EXÉGESIS DEL NUEVO TESTAMENTO

La trayectoria de la exégesis del Nuevo Testamento (NT) de los últimos cincuenta años ha sido, en conjunto, extraordinariamente interesante y variada. Ha habido grandes hitos (p.ej., para la exégesis católica, el Concilio Vaticano II), el resurgir de temas que habían sido candentes en otras épocas (la investigación del Jesús histórico), la aparición de nuevas metodologías (p.ej. la aplicación del análisis narrativo o retórico a las grandes obras del NT y el uso de la sociología, la antropología cultural y la psicología social). El ritmo de estudio e investigación se ha hecho más global, más participado por distintas áreas culturales. Como en otros campos, la informática ha sido también aquí, un instrumento de gran impacto.

Por otra parte, la segunda mitad del siglo XX se ha visto agraciada con la publicación y el estudio más analítico, y hecho con más perspectiva, de grandes descubrimientos arqueológicos y documentales (Ugarit, Qumran y el desierto de Judá, Nag Hammadi), que han enriquecido notablemente el horizonte de la interpretación bíblica. Un mejor conocimiento del pluralismo en el judaísmo y un mayor uso de los escritos apócrifos, han constituido también un progreso. Se trata, pues, de una época pri-

vilegiada, que ha asistido a momentos de gran significación y que ha crecido de forma desmesurada. Porque estos cincuenta años han sido testigo de la aparición de multitud de nuevas revistas que dedican su atención a la Biblia, al mundo de la Biblia y, dentro del mundo de la Biblia al NT y a su entorno. El horizonte de revistas especializadas de NT es, en estos momentos, sencillamente inmenso. En otra línea, los trabajos de doctorado y habilitación se han multiplicado y las colecciones científicas de Universidades e Instituciones académicas de todo tipo han alcanzado cifras increíbles y una accesibilidad impensable hace sólo cincuenta años.

En este marco, un tanto inabarcable, no resulta fácil hacer un balance de lo que ha ocurrido en el campo de la exégesis y la hermenéutica del NT a lo largo de todos estos años. Sin embargo, en la medida que *Selecciones de Teología (SdT)* ha procurado seguir las principales revistas que cubren el NT, sí que se ha hecho eco de los distintos momentos, de los cambios de enfoque y de metodología, de las aportaciones novedosas y de los cambios de paradigma. He aquí, por tanto, el objetivo de nuestra aportación: señalar las etapas del estudio del NT en estos cincuenta

años. Algunas de ellas ampliamente representadas en SdT. Otras, no tanto. En cualquier caso nuestra intención es que el lector se haga una idea de lo que ha ido ocurriendo en este campo a lo largo de los últimos cincuenta años.

Para clarificar nuestra aportación, dividimos este balance en dos partes. La primera quiere dar cuenta de los ámbitos que consideramos

más importantes en el campo de la exégesis y hermenéutica del NT en estos años. La segunda tomará nota de los avances en la interpretación de los grandes bloques del NT: evangelios sinópticos (y Hechos de los Apóstoles), Pablo y tradición paulina, evangelio según Juan y cartas joánicas, carta a los hebreos y Apocalipsis.

LOS TEMAS MÁS IMPORTANTES DE LA EXÉGESIS Y LA HERMENÉUTICA DEL NT: 1962-2011

El Concilio Vaticano II: La constitución dogmática *Dei Verbum* (1965)

Desde el punto de vista histórico, probablemente hemos de apuntar a la encíclica de Pío XII *Divino afflante Spiritu* (1943) como la carta magna de los estudios bíblicos en la iglesia católica. La cerrazón teológica católica era todavía notable en aquella época, anclada en una neo-escolástica decadente y trasnochada. Pero un ataque frontal al estudio de la biblia que se realizaba en el Pontificio Instituto Bíblico, realizado por parte de un sacerdote católico como un “peligro gravísimo para la Iglesia y para las almas” provocó una reacción fulminante de Pío XII. Primero con una carta de la Pontificia Comisión Bíblica y después en la citada encíclica. Dos puntos centraban la atención de la carta: a) la interpretación de la biblia requiere, como uno de sus ele-

mentos constitutivos, la ciencia humana y el trabajo científico; b) se reafirma la primacía del sentido literal en la exégesis bíblica. Con estos dos puntos de referencia se abría la puerta a la utilización de los métodos histórico-críticos que la exégesis protestante ya podía considerar como plenamente adquiridos.

La exégesis católica, que había hecho esfuerzos importantes a partir de finales del siglo XIX para ponerse a la altura de la exégesis de la reforma, sin demasiado éxito (la crisis modernista de comienzos del siglo XX la afectó de lleno), se vio reafirmada en su trabajo y se puso a trabajar de firme. El influjo del trabajo de esos años se dejó sentir ya en el Vaticano II. La constitución dogmática *Dei Verbum* es el golpe de gracia a la neo-escolástica y la apertura a una nueva concepción de la revelación y de la teología. La revelación, en la *Dei*

Verbum, no son ya las formulaciones de la biblia, sino el misterio de Jesucristo. La biblia, hablando con propiedad, no contiene verdades reveladas, la biblia es la revelación progresiva de quien es la Verdad. La renovación católica tiene en la *Dei Verbum* el documento más importante del Vaticano II. Sin duda, el de mayor impacto teológico.

Toda esta problemática se vive con fuerza en los años del Vaticano II. La temática de fondo es, inevitablemente, la teología dogmática que va adquiriendo un color cada vez más bíblico. Grandes temas de estos años son la inspiración de los libros bíblicos (más centrada ahora en los textos que en los autores); la inerrancia de la sagrada escritura: un concepto que cede su lugar a una consideración de la verdad de la sagrada escritura (todo lo que se contiene en ella tiene la garantía de la verdad, pero si se lo considera desde el ángulo de que se ha escrito para nuestra salvación). Con todo, como hemos dicho, lo más importante es el concepto de revelación que es el punto en el que descansa toda la *Dei Verbum*. Porque, además, en el marco de esta concepción de la revelación se aborda un tema pendiente desde la reforma y Trento: el concepto de tradición y la relación entre tradición y escritura. El Vaticano II es aquí notablemente innovador: la tradición precede a la escritura y la acompaña. En el fondo, la tradición es la escritura hecha voz viva de la buena noticia en la iglesia. Escritura y tradición

van siempre de la mano en la reflexión teológica y en la vida de la iglesia.

Este nuevo concepto de revelación representa, en la teología católica, una renovación del objeto de la teología (Dios y su manifestación) y, consiguientemente, una nueva metodología teológica. Los años posteriores al Concilio asisten a una valoración muy positiva del concepto de “historia de salvación” y de la iglesia como “Pueblo de Dios”. Se publican nuevos manuales de teología (*Mysterium Salutis*), se renuevan los grandes diccionarios teológicos con un gran bagaje bíblico y se publican numerosos diccionarios bíblicos, tanto del AT como del NT. El empuje del Vaticano II en el campo de la exégesis católica conduce a una auténtica renovación teológica y alcanza su madurez en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica del año 1993 “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” y en la encíclica de Benedicto XVI *Verbum Domini*.

Pero, lógicamente, el impacto de la *Divino afflante Spiritu* no solamente se deja sentir en el Vaticano II. La exégesis del NT se ve directamente favorecida por un clima de renovación y de dedicación al estudio del NT. Aunque sea sólo como dato indicativo, en 1965-66 se comienzan a publicar dos comentarios al evangelio según Juan que serán, a la larga, dos de los mejores comentarios que existen (R. Schnackenburg y R.E. Brown, ambos católicos). Esto es

una novedad muy bienvenida en aquellos momentos. La exégesis católica se está poniendo a la altura de la exégesis reformada. Y se crean diversas colecciones de comentarios científicos a la sagrada escritura, algunos de ellos, como el *Evangelisch Katholischer Kommentar zum Neuen Testament*, muchos de cuyos volúmenes han sido traducidos al español, realizados en colaboración ecuménica.

Los ecos de esta etapa en SdT son patentes. No es nuestro objetivo cansar al lector con una lista de artículos publicados en aquellos años (1962-1970), pero ha de quedar constancia de que se publican artículos sobre todos los temas que hemos mencionado. En el fondo se trata de una transición entre la neo-escolástica y la teología de corte más bíblico y patrístico. Lo que ya habían propugnado los centros pioneros de Le Solchoir (dominicos) y Fourvière (jesuitas), unos años antes, se hace realidad. Muchos de los teólogos renovadores volvieron a la palestra con el Vaticano II y jugaron un papel fundamental en la transición entre neo-escolástica y teología bíblica y patrística.

Jesús

Si hemos logrado explicar en su verdadera dimensión el cambio de paradigma teológico del Vaticano II, no ha de sorprender que Jesús ocupe un lugar prioritario en la exégesis y en la hermenéutica del NT. Vamos a destacar tres ámbitos

en los que el estudio de la cristología se renueva profundamente.

a) La problemática del Jesús histórico y el Cristo de la fe había ocupado la atención de los teólogos al final del siglo XIX. El tema tenía, ya entonces, un siglo de vida (había comenzado en el siglo XVIII). Sin embargo en los años 1950 volvió a tomar aliento y protagonismo con la polémica entre E. Käsemann y R. Bultmann (1953-1964) y se hizo un tema verdaderamente relevante y, hasta cierto punto, delicado. Tanto es así, que el Vaticano II no quiso tratarlo con detalle en la *Dei Verbum*. La Pontificia Comisión Bíblica (A. Bea) publicó una instrucción sobre la historicidad de los evangelios, subrayando el triple nivel en el que se ha de plantear: el de las tradiciones de la vida terrena de Jesús, el de la primitiva predicación cristiana y el de las comunidades evangélicas (*Sancta Mater Ecclesia* 1964). En la última parte del siglo XX ha vuelto a resurgir, de la mano de nueva información sobre los años del nacimiento del cristianismo, de un marcado interés por la documentación no canónica y por la filiación judía de Jesús. Vale la pena subrayar que el tema sigue siendo de interés para la teología.

El tema tiene un doble frente. Por una parte, la historia de Jesús resulta un punto de referencia insoslayable, si nos tomamos en serio que Jesús se hizo uno de nosotros. No parece que sea indiferente que Jesús se haya encarnado, no en

la familia del César de Roma, ni en la de Herodes el Grande, sino en una familia totalmente desconocida de un pequeño pueblo de Galilea, en el reinado de Augusto. Por tanto, recuperar los trazos que definieron la existencia terrena de Jesús resulta una tarea verdaderamente importante, porque los evangelios son la confesión narrativa de que aquél que está presente en el seno de las comunidades cristianas en el último tramo del siglo I, es el mismo que predicaba la irrupción del reino de Dios y que atendía a los enfermos, necesitados y marginados. Como ya hemos insinuado, es indudable que la segunda parte del siglo XX ha asistido al descubrimiento y publicación de numerosos datos que ayudan a conocer mucho mejor el marco en el que Jesús vivió. Datos tanto arqueológicos y literarios, como sociológicos e históricos. Sin embargo, una cosa es conocer mejor el contexto cultural y otra muy distinta recuperar los datos y anécdotas que marcaron la vida de Jesús, que es lo que pretenden recientemente numerosos exegetas.

Los últimos veinticinco años han estado marcados por lo que se ha denominado *Third Quest* (la tercera investigación del Jesús histórico). En ella, se ha subrayado con razón el judaísmo de Jesús. Y se han tenido más en cuenta las aportaciones de los apócrifos. No se puede dudar que conocemos mucho más de cerca las condiciones de vida de aquellos años, las situaciones sociales, los distintos

grupos (sectas) dentro del judaísmo de la época. Esto ayuda a valorar los datos sobre Jesús que nos ha transmitido la tradición. Sin embargo, la pretensión de sacar de los evangelios una información detallada y precisa sobre la vida de Jesús, sobre su familia y sobre su trayectoria, es harina de otro costal. En muchas cosas, los últimos estudios sobre Jesús de Nazaret, caen en los mismos defectos que la investigación romántica del siglo XIX que creía que podía recuperar los hechos “tal como habían sucedido”, es decir, sin la mediación de los que los han transmitido. Cada vez más, el acento está en la inevitable y necesaria mediación de los testigos que nos han transmitido los recuerdos que dejó Jesús entre los suyos. Una biografía reciente de Jesús lleva el significativo título de “Jesús recordado” (J. Dunn). La mediación eclesial de los comienzos resulta un referente insoslayable. Como hemos dicho antes, la tradición precedió a la puesta por escrito de los recuerdos sobre Jesús.

b) La temática en torno a la resurrección de Jesús. Si se quiere, como corolario del tema de la historia de Jesús, pero con un protagonismo teológico innegable, el tema de la resurrección de Jesús, de su valoración histórica y teológica ocupa un lugar de primer rango en los años posteriores al Vaticano II, superando la consideración más bien apologética anterior al concilio. En el campo bíblico, se ha aprovechado la aportación de los

métodos histórico-críticos, que, teniendo en cuenta que la resurrección de Jesús nos confronta con una “barrera de lenguaje” (es la anticipación de la resurrección escatológica de los muertos que se espera al fin de los tiempos y participación plena de la vida de Dios), han ayudado a comprender mejor el significado del hallazgo de la tumba abierta y vacía de Jesús, de las confesiones de fe, que encontramos por ejemplo en 1Co 15,3-5, así como la forma literaria de los relatos que, de forma catequética y teniendo bien presente la problemática propia de las comunidades a las que se dirigen los respectivos Evangelios, dan testimonio de la resurrección de Jesús.

c) Pluralismo de las imágenes de Jesús. Uno de los aspectos que hemos aprendido a valorar en los últimos cincuenta años es la visión diferenciada, y notablemente matizada, de la persona de Jesús en el NT. En la medida que ésta es la base de la ulterior elaboración dogmática de los siglos III-V, este referente ha enriquecido de forma substancial la imagen de Jesús que nos ofrecía el NT. De esta forma, sin menoscabo del desarrollo dogmático posterior, los diversos autores del NT ofrecen un pluralismo notable de imágenes de Jesús. Esta variedad, lejos de representar una dificultad de cara a la confesión cristológica cristiana, significa un enriquecimiento muy substancial de la figura de Jesús y de las imágenes y metáforas que subyacen al credo cristológico poste-

rior, al mismo tiempo que ayudan a valorar las originales aportaciones de autores muchas veces marginados en la interpretación del NT (véase lo que decimos más delante de la carta a los hebreos), que, sin menoscabo de la consideración canónica de la figura de Jesús, ayudan a tomar conciencia del pluralismo que es propio del NT.

Este aspecto es uno de los hilos conductores de la reflexión teológica de estos cincuenta años. A modo de ilustración estadística, podemos decir que hemos contado cerca de 200 artículos sobre Jesús desde la publicación del primer número de SdT. Probablemente ningún otro tema ha alcanzado un volumen tan significativo como éste.

Iglesia y sacramentos

El impacto más inmediato del Vaticano II en la teología se dejó sentir en el ámbito eclesiológico, que ha dejado también un poso notable en los artículos de SdT. Al fin y al cabo, la vivencia del Concilio fue una vivencia eclesial de primer orden y tuvo una repercusión de gran envergadura en muchísimos ámbitos católicos (pero fue más allá: hay que recordar que hubo muchos invitados al concilio de otras iglesias y confesiones religiosas). Las constituciones sobre la iglesia (*Lumen Gentium*) y sobre la iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*) fueron documentos de una teología de corte notablemente positivo, que contrastaban con posi-

ciones teológicas autoritarias (la infalibilidad pontificia del Vaticano I), medievales (“fuera de la iglesia no hay salvación”) e intransigentes (“la iglesia católica es la única verdadera”). Estas constituciones tenían un referente de primer orden en las comunidades cristianas del NT. En este sentido, los estudios y trabajos sobre las iglesias del NT pasaron a tener una gran trascendencia. Y antecedentes bíblicos como la noción de ‘pueblo de Dios’, que ya ocupaba un lugar importante en la interpretación del AT, se analizaron en las distintas comunidades del NT. Todo ello sin olvidar las raíces judías del pueblo de Dios del NT y el diálogo con las religiones abrahámicas (y las religiones, en general), por lo que no debe sorprender que los artículos sobre ecumenismo y diálogo interreligioso sean muy numerosos en SdT.

Nos atrevemos a subrayar tres aspectos que han enriquecido en gran manera la eclesiología desde entonces. Por un lado el pluralismo de comunidades y de estructuras comunitarias, con sus diversos carismas y funciones. No ha de sorprender que remarquemos el pluralismo. Los grandes documentos del NT dejan entrever grupos cristianos muy diversificados. Al lado de comunidades muy carismáticas y muy poco organizadas (p.ej. las comunidades joánicas), tenemos comunidades muy estructuradas, con un grado de institucionalización muy fijado (p. ej. las comunidades de las cartas pasto-

rales). En otro sentido, los condicionantes culturales y religiosos se dejan sentir con fuerza en la concepción de las distintas iglesias. El pluralismo de algunos centros cristianos (p.ej. Antioquía, con grupos de cristianos que provienen de la gentilidad y de judeo-cristianos, o también la confluencia de distintos grupos y distintas teologías en la 1Pe) contrasta con la filiación unicultural de otros (p.ej. el judeocristianismo de Jerusalén). Pero también el grado de dependencia de algunos documentos del NT respecto del judaísmo (p.ej. la carta a los Hebreos) condiciona la concepción comunitaria de los mismos. En todo caso, la importancia del AT para la comprensión del NT ha sido un aspecto fundamental para comprender los escritos neotestamentarios.

Un segundo aspecto es la eclesiología de comunión, que ha tomado el lugar de la iglesia como pueblo de Dios. Este tema lleva a valorar mucho más la coparticipación de los distintos estamentos y apunta a una iglesia mucho más centrada en la acción y dirección del Espíritu. En este marco, cabe subrayar el gran papel de la teología del Espíritu, apenas elaborada en la teología del pre-concilio, que pasa a tener un papel y un protagonismo inusual y que todavía ha de encontrar quienes la profundicen y la amplíen. Aquí tienen su lugar grandes temas eclesiales como las distintas funciones dentro de las comunidades, el papel de las mujeres en diversos centros cris-

tianos de los primeros años, el sentido del diaconado dentro del cristianismo de los primeros años (siglos!). También aquí tenemos el referente de un tema siempre actual: el papel y el sentido de los que presiden las comunidades, obispos y presbíteros, y el tema del papado, con su posible dimensión ecuménica. No podemos olvidar que el NT es el fundamento del primado en la tradición católica, que también ha sido objeto de análisis y que se ha de contrastar con la colegialidad proclamada de forma matizada por el Vaticano II.

Un tercer aspecto lo constituye la recuperación de la figura histórica de Jesús como criterio para discernir mejor la constitución de las diversas iglesias del NT. Los estudios exegéticos han puesto de manifiesto que las iglesias nacen después de la Pascua, por inspiración del Espíritu Santo, que ayuda a discernir los signos de los tiempos, aunque tienen su raíz y su impulso en la actuación y predicación de Jesús de Nazaret que, en este sentido, y sólo en este sentido, puede ser considerado como su fundador.

Diversos métodos de análisis y estudio del NT

Una de las novedades de estos últimos cincuenta años en el campo del estudio y de la interpretación del NT es el nacimiento de numerosos métodos para abordar los textos bíblicos. No vamos a ex-

tendernos en este punto, porque el lector interesado tiene una presentación sistematizada de los nuevos métodos en la cuidada presentación de la Pontificia Comisión Bíblica (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 1994), publicada con un discurso introductorio de Juan Pablo II y un prefacio del Presidente de la Comisión, J. Ratzinger. Sin embargo, vale la pena hacer referencia a los principales métodos que han ido naciendo a la sombra de la exégesis y de la hermenéutica de la biblia en estos cincuenta años.

La base de toda la moderna metodología bíblica está en los llamados métodos histórico-críticos. Esta metodología propugna, en primer lugar, un estudio diacrónico de los textos, que apunta a la génesis de los mismos, buscando su nacimiento en las distintas facetas de la vida de los grupos, tradiciones y comunidades: ya sea en su vida social, religiosa, cultural, proselitista, etc. Una vez situado el texto en su contexto vital, se pasa a valorar la forma como este texto ha sido utilizado en diversos momentos de la vida de la comunidad o grupo (historia de la tradición). Finalmente, en un estudio más sincrónico del texto, se evalúa el sentido final de los textos en el marco de las obras que componen el NT. Hasta aquí una descripción sumamente concisa del método exegético ya clásico. El objetivo fundamental de este tipo de análisis de los textos del NT es situar el texto en su contexto: primero un contex-

to vital, después un contexto dinámico, finalmente un contexto literario. Esta metodología busca fundamentalmente un contexto en el cual interpretar los textos. Porque es bien sabido que un texto sin contexto se convierte fácilmente en un pretexto, que puede decir lo que el lector quiera. Y tiene la ventaja que es compatible y puede y debe ser complementado con otros métodos más sincrónicos y canónicos (este último ayuda a ver el significado de cada escrito en el marco de toda la biblia).

El estudio de los géneros literarios y de las formas de los textos ha seguido manteniendo su vigencia en los últimos 50 años. El análisis de las obras como obras literarias no permite leer un himno de acción de gracias como si fuera una narración. Tampoco podemos interpretar un discurso como una poesía y, al revés, no podemos evaluar una novela como una historia. Se trata de afinar un poco más el tema de los géneros literarios, presente de muchos años en la exégesis del NT y de completarlo con el papel indiscutible de los presuntos lectores de las obras bíblicas. El público al que se dirigen las diversas obras tiene que ver con su mensaje. Y la historia de los efectos que el texto ha ido produciendo a lo largo del cristianismo (lo que los alemanes denominan *Wirkungsgeschichte*), ayuda también a comprender mejor toda la potencialidad de los textos.

Como parte de este complemento de los métodos histórico-

críticos, los modelos de interpretación han ido a parar también a otros referentes de las obras literarias. Toda obra literaria tiene un referente sociológico, con una determinada antropología cultural (al menos implícita), que puede dar luz a aspectos que no se han podido captar a través de los análisis histórico-críticos. Pero también las estructuras psicológicas o psicoanalíticas pueden contribuir a la comprensión de narraciones o de actuaciones que con frecuencia se clarifican a la luz de los referentes de la psicología profunda.

Dentro de estas metodologías nacidas en los últimos cincuenta años, hay que contar también con las aportaciones del esquema liberacionista (especialmente con el modelo del Éxodo como trasfondo de tantos textos bíblicos) y con la sensibilidad feminista, que ha ayudado a comprender mejor determinadas extremos de la gran variedad de escritos que componen el NT y que tiende a ser valorada de forma muy positiva en el análisis e interpretación del NT.

La etapa sintética de los métodos histórico-críticos aterriza suavemente en un nuevo método: analizar los textos en su contexto inmediato, es decir, analizar la dinámica de las obras literarias como obras literarias, según su género literario. Estamos en el análisis retórico o narrativo de los textos. En su capacidad de transmitir una trama narrativa determinada o de transmitir su mensaje o enseñanza, ayuda a comprender mejor el

sentido del texto en su globalidad y actualidad.

Hasta aquí una sencilla enumeración que debería ampliarse y completarse, pero que no podemos alargar más para no hacer de este breve balance una exposición desmesurada.

De este conjunto hay que sacar dos consecuencias de cara a la lectura del NT en nuestros días: en primer lugar que las posibilidades de interpretación se han ampliado y enriquecido notablemente en estos cincuenta años. Estamos en disposición de captar mucho mejor el mensaje de las obras que forman el NT. De hecho, los trabajos que se siguen publicando sin interrupción muestran a las claras que los textos hablan cada vez con más claridad y con mayor profundidad. Esto dice mucho a favor de la ampliación de los métodos histórico-críticos, y abre un futuro lleno de esperanza y de expectativas en la interpretación del NT. Naturalmente, con una óptica mucho más

modesta de la que teníamos hace cincuenta años. Al fin y al cabo, la ampliación de métodos hace que seamos mucho más modestos y cautos en nuestros juicios.

En segundo lugar, la única lectura de la escritura que se excluye en el documento citado un poco más arriba, sobre La interpretación de la Biblia en la Iglesia, es la lectura literalista y fundamentalista, que lee los textos en todos sus detalles, al pie de la letra, como si hubieran sido dictados por Dios o fueran videos, y no tiene en cuenta que la Palabra de Dios se ha encarnado realmente en palabras humanas, situadas histórica y culturalmente, con todo lo que esto implica. Con ello, la lectura fundamentalista no cae en la cuenta de que, al rechazar el carácter histórico de toda la revelación bíblica, en el fondo está cuestionando la verdad de la encarnación de Jesús. Y no respeta el pluralismo de géneros literarios que es propio de la biblioteca, que es la biblia.

LOS GRANDES DOCUMENTOS DEL NT

Los evangelios sinópticos

Dos aspectos sobresalen en la interpretación de los evangelios sinópticos. En primer lugar el asentamiento y consolidación de la teoría de las dos fuentes. Si en los años 1960 había exegetas que la cuestionaban, podemos decir que la propuesta de la prioridad de

Marcos respecto de Lucas y Mateo ha alcanzado un cierto grado de unanimidad en la exégesis más reciente. Este primer aspecto se complementa con la estabilización de la hipótesis de la segunda fuente sinóptica (Q), objeto de profundización y de estudio a lo largo del período que nos ocupa. La solidez y claridad de la hipótesis de las dos

fuentes ha ayudado a consolidar el estudio de los tres sinópticos y a clarificar muchos aspectos de su mensaje.

Precisamente éste es el segundo aspecto que queremos subrayar: se ha profundizado notablemente en el contexto global (la estructura), en el mensaje, en el género literario, en las formas de los distintos fragmentos y en el marco redaccional de las comunidades a las que, en principio, iban dirigidas estas tres obras. Marcos aparece como fundador de un género literario que podríamos clasificar como subgénero de los *bioi*, las vidas de personas ilustres de la cultura greco-latina. El talante de Mc se acerca más a Pablo que a Pedro y ofrece una presentación que podemos llamar paradójica del cristianismo: para seguir a Jesús hasta la resurrección hay que pasar por la cruz. El talante paulino de Mc parece que se ha afianzado, frente a la opinión tradicional de que era un evangelio petrinio.

En cambio, el que aparece como mucho más cercano a la visión petrina del cristianismo es Mateo. El evangelio de Mt parece que refleja de modo bastante fiel el cristianismo plural de Antioquía de Siria de la última parte del siglo I. El acento judío de Mt, y la apertura de la iglesia a los paganos, después de Pascua, encuentra aquí una justificación que, de otra forma, podría parecer meramente académica o retórica. Por otra parte hay que contar con los fragmentos peculiarmente petrinos de Mt (algu-

nos de ellos claramente adaptados de textos de Mc: Mt 14,28-33: 16,16-20; otros, en cambio, de origen diverso e incluso enigmático: 17.24-27). Digamos también que el final de Mt (28,19-20) tiene en Antioquía una situación vital plenamente consonante con un mensaje tan apostólico y universalista.

Lucas, finalmente, ofrece un evangelio muy bien estructurado, con una sección central muy consolidada como viaje a Jerusalén (Lc 9,51-19,18). El estudio de H. Conzelmann (1956), a pesar de haber sido completado en muchos aspectos, continúa ofreciendo un modelo de lo que ha sido el estudio narrativo y retórico de estas obras. Lc es una obra de madurez cristiana, con un acento importante en las secciones personales y un gran mensaje de consolidación que se promete en el prólogo (Lc 1,1-4). La segunda parte de Lc, los Hechos de los Apóstoles, sigue la línea de ofrecer una visión equilibrada y ecuaníme de los comienzos del cristianismo. Sin embargo, los estudios históricos de los primeros años del cristianismo han matizado notablemente la visión de Lucas. No se trata de un comienzo tan sereno y gradual como pretende Lucas en los Hechos. Los comienzos cristianos fueron mucho más complejos de lo que deja entrever la irenista presentación de Lucas. Pero su aportación hay que combinarla con la que nos viene del estudio de Pablo. Lucas pondría de manifiesto la situación teológica de la tradición paulina en

una tercera generación cristiana, cuando el paulinismo ha triunfado, pero se corre el peligro, en un momento en que la conciencia del retraso del fin del mundo es ya muy viva, de división entre las diversas iglesias y de olvidar las raíces judías de la iglesia

Pablo y la tradición paulina

La literatura sobre Pablo en este periodo es inmensa. Se le considera un teólogo muy original (aunque no el fundador del cristianismo, como ha afirmado algún autor), pero fiel a Jesús, aunque inculturando la fe cristiana en un mundo helenista y urbano. Se destaca su liderazgo teológico, misionero y pastoral en la apertura de la iglesia a los cristianos de origen pagano. De lo mucho que habría que señalar, sólo indicaré tres aspectos.

En primer lugar, se ha ido clarificando cuáles son los escritos del *Corpus Paulinum* que pueden ser atribuidos a él realmente. Son siete cartas. Desde la más antigua, 1ª Tesalonicenses, hasta la última, Romanos (que algunos han considerado como su testamento espiritual), pasando por la 1ª y la 2ª a los Corintios (ésta es probablemente un conjunto de cartas, unidas más tarde para la lectura litúrgica), Filipenses, Gálatas y Filemón. En la mayoría de ellas se refleja la controversia de Pablo con los carismáticos y judaizantes que habían penetrado en sus comunidades. Col

y Ef, en cambio, estarían escritas por discípulos cercanos a Pablo, como la 2ª Tes, que quiere corregir una espera inmediata del fin del mundo. También estarían escritas por discípulos, pero ya de la tercera generación, las denominadas cartas Pastorales (1ª y 2ª Tm, Tit). En esta escuela paulina, la eclesiología más bien carismática de Pablo daría lugar a una piedad más burguesa y a una eclesiología más jerárquica, que encontrará su desarrollo en siglos posteriores. La postura antifeminista sería más propia de estas cartas pastorales que del mismo Apóstol.

En segundo lugar, quisiera destacar que se ha progresado inmensamente en la lectura ecuménica de Pablo, sobre todo de la carta a los romanos, gracias al uso de los métodos histórico-críticos en exégesis, que ha facilitado una comprensión mejor de los textos, superando los prejuicios propios de cada iglesia en la época de la controversia católico-protestante. La justificación por la fe ya no es motivo de separación entre las iglesias católicas y luteranas, pues hay una coincidencia en lo fundamental, aunque con matices distintos. También en la consideración de la doctrina clásica sobre el pecado original ha habido un cambio radical, gracias a una interpretación adecuada de Rm 5,12, un tema que ha encontrado un eco notable en SdT.

En tercer lugar, y a partir de autores como Sanders, se ha propuesto una lectura global de Pablo,

que intenta corregir la lectura luterana que ha dominado la exégesis hasta los años 80 del siglo pasado. Es lo que se ha denominado el “nuevo paradigma” en la interpretación de Pablo, que ha encontrado en J.D.G. Dunn uno de sus mejores adalides. Si la interpretación clásica, luterana, de Pablo, subrayaba la importancia de la justificación por la fe y la crítica a la actitud religiosa, supuestamente judía, que se apoyaba en las obras para poder afirmarse ante Dios, el “nuevo paradigma” sostiene que también el judaísmo es una religión de la gracia y habla del “nomismo de la Alianza” (*covenantal nomism*). En este supuesto, Pablo lo que criticaría serían sólo aquellas obras que dan identidad religiosa al pueblo judío, separándolo de los otros pueblos, pues esto se contraponen frontalmente al universalismo paulino.

El evangelio según Juan y las cartas

La imagen que ofrece hoy en día el evangelio según Juan (EvJn) contrasta de forma notable con la que ofrecía en los comienzos de SdT. Entre las muchas cosas que pueden decirse para hacer un balance de la trayectoria de la exégesis joánica en estos años, escogemos tres.

En primer lugar el trasfondo cultural del EvJn. Ya en los años 50, a raíz sobre todo de los descubrimientos de Qumran, se dejaron

oír voces que reclamaban una mayor atención al contexto judío como marco cultural en el que situar el EvJn. Podemos decir que esta propuesta se ha consolidado. Hoy en día la atención al AT y al judaísmo ha substituido a los vaivenes gnósticos que ocuparon la atención de la exégesis joánica en la primera mitad del siglo XX, aunque sin negar que el vocabulario peculiar de Juan pueda estar influenciado por corrientes sapienciales judías gnostizantes. El tema del trasfondo no resulta fácil porque el judaísmo es a la vez inspirador e interlocutor de la tradición joánica. Es inspirador, en la medida que los grandes trazos que definen el EvJn son judíos, pero también es interlocutor en cuanto que el cristianismo joánico quiere continuar siendo judío. La forma polémica como son tratados algunos de los trazos más importantes de la tradición judía de Jabne (ca. 85-90 d.C.), es una buena prueba de ello (cf. por ejemplo, el mito judío de la sabiduría Jn 1,1-8, la mística de los grandes visionarios: Jn 1,51; 5,45-47; 8,56-58; 12,39-41; y la disciplina de la sinagoga: Jn 9,22; 12,42-43; 16,2).

Un aspecto que ha ido imponiendo su peso en la exégesis joánica es el papel también hermenéutico de la cristología (teología) joánica. La persona de Jesús ha sido objeto de una atención prioritaria en estos años. Pero, además, el talante de la visión joánica de Jesús tiene también inevitablemente una calificación teológica. Este aspecto hace que debamos atender a

la teología en la presentación joánica, porque el EvJn es hermenéutico porque es teológico. Lo cual tiene más implicaciones de lo que pudiera parecer a primera vista (cf. por ejemplo, el sentido y papel del Paráclito en la redacción del EvJn).

Finalmente una novedad de estos años ha sido que hemos aprendido a leer las cartas joánicas (1y 2Jn) como una continuación del EvJn. En un doble sentido. Por una parte en cuanto que las cartas constituyen una confirmación y prolongación de la doctrina del EvJn. Y, por otra parte, en la medida que ofrecen una pauta de lectura del EvJn que subraya la condición humana de Jesús (1Jn 4,2-3; 1Jn 5,6 cf. 2Jn 7). Por tanto, polemizan con una interpretación del EvJn que subraya de forma unilateral y casi exclusiva la plena pertenencia de Jesús al ámbito de Dios, en menoscabo de su condición humana. Con las cartas se nos ofrece la trayectoria excepcional de una visión teológica de gran envergadura que tiene tres momentos clave: la tradición fundacional (Jerusalén), la profundización teológica (el mito de la sabiduría del judaísmo) y la vuelta a la condición humana de Jesús (las cartas).

El tema de la autoría del EvJn, que en otras épocas era un referente obligado de la exégesis del EvJn, ha ido pasando a un discreto segundo plano. Al fin y al cabo, el EvJn es presentado como una obra anónima por quienes podían develar la identidad del autor y no lo consideraron conveniente. La per-

sona del discípulo amado es una figura anónima (21,20-25). El anonimato parece ser parte del mensaje del EvJn.

La carta a los Hebreos

Podríamos decir que la carta a los Hebreos es prácticamente una novedad en el campo de la exégesis del NT de los años que nos ocupan. Los estudios que se le han dedicado ponen sobre la mesa tres aspectos.

En primer lugar, se trata de una obra escrita de modo elegante, notablemente elaborada desde el punto de vista literario y semánticamente muy cuidada. Los estudios sobre la estructura literaria de Heb han marcado todos estos años y siguen ofreciendo análisis sugerentes y nuevos. Constituyen un ejemplo de la aportación de obras elaboradas de forma esmerada y con acentos claros en conceptos y formulaciones significativas (cf. sobre todo las aportaciones de A. Vanhoye).

El segundo trazo que queremos subrayar es que Heb ofrece una reinterpretación radical de categorías judías centrales. La interpretación que ofrece Heb de la nueva alianza en la sangre de Jesús constituye un ejemplo de la libertad y radicalidad con que se abordan ritos y tradiciones del AT a la luz de Jesús. La categoría de sacrificio y la de ofrenda ritual sufren un cambio extraordinario en la re-

lectura de la muerte de Jesús que hace Heb. Aquí lo que cuenta no son las víctimas y los rituales: lo único que cuenta es el ofrecimiento de la propia vida (de la propia sangre). La visión de lo que constituye el núcleo de la función sacerdotal ha cambiado de forma radical. Estamos en una concepción que subraya al máximo las categorías personales, no las rituales.

Hay un tercer aspecto a subrayar. Un documento de corte argumental como Heb, ofrece una valoración insospechada de la importancia de la humanidad de Jesús en la interpretación de su acción salvífica. La categoría que más le cuadra es la de la solidaridad. Una solidaridad que no tiene límites: “convenía que fuera en todo igual a sus hermanos” (Heb 2,17). Una visión con un énfasis muy acentuado que va incluso más allá de las presentaciones sinópticas (cf. Heb 5,7-8).

El Apocalipsis

Durante mucho tiempo, el Ap tuvo mala prensa y fue una obra marginada en las facultades y seminarios. Pero el descubrimiento y mayor conocimiento de la literatura apocalíptica apócrifa (1He-noc, 2Baruc, 4Esdras, etc.), en parte anterior o contemporánea de los textos apocalípticos bíblicos, ha ayudado a recuperar el interés por esta obra. Pues no se trata de un texto que hable ante todo de los acontecimientos terribles, propios

del fin de los tiempos, sino de una literatura que expresaría la resistencia cristiana frente al imperio de turno (en el Ap, el de Roma), procurando fomentar la esperanza cristiana en medio de la persecución que están sufriendo las iglesias cristianas. Su mensaje quiere iluminar el ahora y aquí de las iglesias cristianas (simbolizadas por las 7 iglesias de Ap 2-3), fomentando su actitud profética, fundamentada en el evangelio (Ap 10-11). La crítica al imperio obliga al autor del Ap (un profeta, que se denomina a sí mismo Juan) a utilizar un mensaje cifrado, simbólico, sólo comprensible desde un buen conocimiento del AT, que, junto a la fe en el Crucificado y Resucitado (el Cordero degollado, de pie frente al trono de Dios), son la fuente de la inspiración de su autor.

Conclusión

Nuestro repaso de los avatares a través de los que ha pasado la interpretación y la exégesis del NT en estos cincuenta años, apenas si nos ha permitido una mirada desde las alturas a este amplio punto de referencia. Sin embargo, resulta ilustrativo constatar que los aspectos que hemos subrayado tienen ecos importantes en los 199 números de SdT de estos años. En algunos casos (los temas que hemos considerado más importantes de la primera parte de nuestra exposición), de forma substancial.

Cerramos este balance con una

impresión muy positiva tanto del trabajo ingente que se ha ido realizando en el campo de la interpretación del NT, como también del eco que ha tenido este trabajo en SdT. Cuando se echa una mirada atrás y se contempla el ingente número de temas y artículos condensados, extractados y publicados (unos dos mil quinientos), se hace patente que el compromiso de los

especialistas con la exégesis del NT y la constante atención de SdT a contribuciones de peso constituyen una alianza de gran envergadura. Damos gracias por ello y deseamos lo mejor para el futuro en ambos campos: tanto en la publicación de artículos como en el trabajo de divulgación de Selecciones de Teología.

Xavier Alegre, S.J. y Oriol Tuñí, S.J.

(Viene de la pág. 242)

RAMBLA, JOSEP M., S.J. Dedicado a la pastoral y al trabajo contra la exclusión social en un barrio popular. Profesor de teología espiritual y acompañante espiritual. Entre sus publicaciones: *Dios, la amistad y los pobres* y *Variaciones sobre el acompañamiento espiritual*.

C. Buri 11, 2º 8ª. 08940 Cornellà de Llobregat (España).

SKA, JEAN LOUIS, S.J. Doctor en teología. Profesor de Antiguo Testamento en el Pontificio Istituto Biblico (Roma). Entre sus publicaciones: *Le passage de la mer. Étude de la construction, du style et de la symbolique d'Ex 14,1-31* (1986); *Introducción a la lectura del Pentateuco. Claves para la interpretación de los cinco primeros libros de la biblia* (2010);

Pontificio Istituto Biblico; via della Pilota 25; 08187 Roma (Italia)

TUÑÍ, ORIOL, S.J. Doctor en teología. Profesor emérito de la Facultat de Teologia de Catalunya. Colaborador de Cristianisme i Justícia. Entre sus publicaciones: *Jesús en comunitat* (1988); *Escritos joánicos y cartas católicas* (2007, 7ª ed.); *Evangelis i sentit de la vida* (2002); *El evangelio es Jesús* (2010).

C. Palau 3, 4t. ; 08002 Barcelona (España)